

ESTE PERIODICO

se publica

LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRIPCION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 re. fts.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PORTE.



LA REDACCION

y Administracion

RICLA, NUM. 20

A DONDE

SE

DIRICIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES FTS.

EL MORO MUZA.

PERIODICO ARTISTICO Y LITERARIO,

CARICATURISTA: BAYACETO.

DIRECTOR: J. M. VILLERGAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

ALBUM DE LOS VOLUNTARIOS.

Terminada la entrega de las ocho láminas del ALBUM DE LOS VOLUNTARIOS, que se ofrecieron á nuestros suscriptores, hemos procedido á la composicion de otras, á fin de completar la obra, no solo con tipos de los cuerpos últimamente creados en la Habana, como son el 2º de Ligeros, los Ingenieros, compañía de los Almacenes de Regla y la de los Alemanes, sino con los de otros puntos de la Isla. Están, pues, en prensa las láminas 9º, 10º, 11º y 12º, que por ahora comprenderán dichos tipos, mas los de Cuba, Colon y Caibarien, que son los que con mas anticipacion hemos recibido, y no habiéndose podido hacer á tiempo la estampacion, daremos con el último número de este mes las dos láminas que al mismo corresponden; esto es, la 9º y la 10º.

LUZ Y SOMBRA

Y POR UN INGLÉS.

No puedo remediarlo, en cuanto voy al teatro y oigo á los actores hablar en verso, me entra un deseo tan punzante, tan irresistible de echar á correr, que estoy como alma en pena esperando á que caiga el telon, para tomar las de Villadiego. Así, señores, si alguna vez oyen ustedes decir que se ha dado contra mí la voz de *ataja*, suspendan su juicio, que de seguro no habré hecho nada malo. Lo mas que podrá haber sucedido es que, habiendo yo ido á ver una obra cómica ó dramática desconocida, los actores hayan hablado en verso, y yo, luego que haya podido huir de la quema, lo habré verificado tan á lo *mambí*, que la gente, tomándome por un criminal fugitivo, habrá dado la terrible voz de *ataja! ataja!*

Todas las cosas tienen su porqué, amados lectores, aunque no todas se hallan explicadas en el viejo libro anónimo, titulado: «El porqué de todas las cosas», ni aun en aquel

otro que nombró el gran Quevedo: «Tratado de todas las cosas y otras muchas mas», título que me recuerda el *et quibusdam alis*, que un chusco debió añadir al lema: *de omni re scibili*, que en un acceso de justificado orgullo tomó el célebre Pico de la Mirandola.

Me explicaré. Dice un adagio que de gustos no se ha escrito nada, y yo respeto el de ustedes, si es contrario al mio, celebrando que ustedes se diviertan mucho con los diálogos versificados. Lo que hay es que esos diálogos no me divierten á mí tanto como á ustedes, los que se divierten mas que yo, y pues acato las opiniones ajenas, nadie extrañe que yo exponga con franqueza las mias, puesto que las expongo sin ánimo de imponerlas.

Mas haré que exponer mis opiniones y es disculparlas.

Es el caso, lectores, que á mí tambien me gustaban mucho antiguamente las comedias en verso, hasta las mal versificadas, con tal que de vez en cuando percibiera un poco el sonsonete de las rimas. Pero dí en observar que en esas comedias se paga mas tributo á la forma que al fondo, es decir, se ve que los autores, con tal de probar que saben luchar ventajosamente contra las dificultades de la metrificación, poco les importa la verosimilitud de las situaciones que crean, y por consecuencia, que haya ó deje de haber en sus obras verdadero interés cómico ó dramático; mientras que los que trabajan en prosa, como no cuentan con el auxilio de los versos para halagar el oido de los espectadores, inventan planes mas sólidos, crean situaciones mas interesantes y dibujan caracteres mas perfectos.

¿No lo ven ustedes como yo? Pues cor-

riente: no hagan ustedes caso de lo que yo digo y que cada cual satisfaga su gusto.

El mio no varió en la noche del lunes, en el beneficio de los hijos de Castañon, que tuvo lugar en el gran Teatro. Representose allí la zarzuela *Luz y Sombra*, obra de mi amigo Serra, admirablemente versificada y nutrita de chistes y pensamientos delicados. Y aveis, lectores, que no escatimo los elogios para lo que juzgo bueno; pero como lo bueno está fundado en falso, flaquea naturalmente por el lado del interés dramático, que es el que para mí tiene mas atractivo. Luego, para que las inverosimilitudes no se echen de menos, dos ciegos hay en la pieza que tiene dos actos, y en cada uno de dichos actos recobra la vista uno de los ciegos, cuando sería difícil hacer tragar una sola de esas curaciones, dada la rapidez con que se suponen realizadas.

¿Porqué, pues, no dejé yo el teatro en esa noche, tan pronto como ví que los actores hablaban en verso?

¡Ah! En esa noche, para mí, lo de menos era la diversion. Lo que debía retenerme allí era el objeto filantrópico que la funcion tenia. Se trataba de obsequiar á los nobles huérfanos de un escritor distinguido que acababa de morir asesinado por los traidores, y no hay nada que yo no sea capaz de hacer en casos semejantes. Hice mas, hice un verdadero sacrificio en prestarme á escribir y leer versos serios para esa función patriótica, siendo así que yo nunca hago versos serios, porque si alguna cuerda tengo, no es la de la seriedad, como tuve la honra de manifestárselo á los señores que me hicieron la distincion de pedirme dichos versos; pero, sin dar-

me el naípe para pulsar la lira sentimental, y aun con la sugeridad de mostrarme infinitamente inferior á mis deseos, hice lo que se me pedia, y lo que podía constituir para mí el mayor de los sacrificios.

Digo esto para que se sepa y no para que se me agradezca. Pero, en fin, tales como salieron esos versos, allá van, en compañía de los buenos que leyeron mis amigos los Sres. Ariza, Estrella y Camprodón; advirtiendo que no copio aquí los que leyó mi amigo el Sr. Guerrero y que fueron justamente aplaudidos, porque esos versos, ya conocidos del público, no se relacionaban con el acontecimiento que motivaba la función.

A Gonzalo Castañoñ.

Dulce et decorum est pro patria mori.

Por la Pátria morir dulce y honroso
Es para el corazon del castellano;
Y el asesino con infame mano
A su víctima dá nombre glorioso.
El mármol sepulcral no es de reposo
Lugar oscuro, monumento vano;
Es el gran pedestal que el pueblo hispano
Levanta al hijo que aclamó famoso.
Hiere la vil traicion, y en su fiera
La da eterno baldon su innoble saña;
Con tan alto valor como nobleza
La tierra el mártir con su sangre baña;
Y el huérfano reclina su cabeza
En el regazo de la Madre España.

J. DE ARIZA.

Al ilustre difunto D. Gonzalo Castañoñ

EN EL BENEFICIO DE SUS HIJOS.

Deja, buen Castañoñ, deja á la historia
Narrar tu sacrificio, en que se advierte
Tan digna abnegación de un alma fuerte,
Que honrará eternamente tu memoria.
Si grey cobarde y vil, hez de la escoria,
Su salvaje furor sació en tu muerte,
Ni temas de tus vástagos la suerte,
Ni las dudas te inquieten de tu gloria.
Que mientras, noble, en letal sosiego
Yaces, que adelantó pérvida trama;
En Cuba dan, de la justicia al ruego,
A tus hijos calor, luz á tu fama,
Del patrio amor el sacroso fuego,
Del patrio honor la resplandiente llama.

J. M. VILLERGAS.

A La violenta muerte

DE D. GONZALO CASTAÑOÑ.

¡Vedlo! La gloria que en su frente brilla
Le llamó en un ensueño,
Y se lanzó sin miedo y sin mancilla
Al temerario empeño.
Coronados de expléndida aureola
Vió en éxtasis profundo
Los héroes de la pléyade española
Que asombraron al mundo.
Vió de Colón las pobres carabelas,
Como ligeras aves,
Y al bravo Hernan Cortés soltar las velas
Y destruir sus naves.
Oyó del Cid la voz que amenazaba
Con ruido de tormenta,
Cuando á los condes de Carrion retaba
Para vengar su afrenta.
Inflamada su ardiente fantasía,
Como una mar de fuego,
Vió á Berenguer de Entenza que partía
Para el imperio griego.
Hizo á Rojer de Flor marcial saludo,
Y le auguró victoria,
Y vió al guerrero andaluz, valiente y rudo
Con ropa imperatoria.....
¡Noble Gonzalo! Fija la mirada,
Interrogaba al cielo,
Pasó una nube de fulgor bañada
Y se aumentó su anhelo.
La fiebre del honor hizo en él presa
Con vértigo tirano,
Y en la historia y la fábula vió impresa
De su sino la mano!

Hermosas damas, nobles caballeros
Vió cruzar por su mente,
Ellas, blandiendo al aire sus aceros,
Ellas, con faz doliente.

Los paladines, rayos de la guerra
Y honor de las Cruzadas,
Y los del Rey Arturo de Inglaterra
Ilustres camaradas:

Ayes, insultos, guerras, desafíos,
Cuanto en la mente loca,
Engendrando propósitos sombríos,
A recia lid provoca:
Todo en un punto y en tropel le hería
Con herida muy honda,
—Yo soy un caballero, se decía,
De la Tabla Redonda.—

Y era verdad. Cuando se busque en vano
El honor por la tierra,
Pedidlo al corazón de un castellano,
Que, cierto, allí se encierra.

Pedidlo á esos que llama el mundo necio
Caballeros andantes,
En cuyo escudo se quebró el desprecio
Del inmortal Cervantes.

Pedidlo al español que de allá vino
Diciendo al mundo entero:
Primero que vencer cual asesino,
Morir cual caballero.

Tú con tu sangre en la funesta roca
Sembraste el noble emblema.
Dirán los viles que tu sangre es poca,
Pero les mancha y quema!.....

Ellos como Cain serán malditos,
Y tú honrado mil veces,
No hallan piedad tan bárbaros delitos
Ante el Juez de los jueces.

G. ESTRELLA.

Amparar á los hijos de un valiente
Caido al golpe de traicion aciaga,
Para toda alma que nobleza siente,
No es caridad, es deuda que se paga.

Figuraos al padre, pensativo.....
Luchando audaz contra la suerte horaña,
Con el alma abrasada en fuego vivo,
Y en sed febril de realizará España,
Y germinando en la cabeza aquella,
En ráfagas de duda indefinida:
«Tengo hijos..... tengo amor..... la vida es bella.....
Pero la patria es antes que la vida.....»

Y con un corazón que cree y ama,
Irse diciendo á solas cada día:
«Hay que encontrar un desenlace al drama.....
Y el desenlace es la existencia mia:

«No en la manigua en que se corre suelto,
Sino en campo cerrado de combate,
Tapiar las puertas y luchar resuelto
Hasta hallar un contrario que me mate!»

Y embarcarse y partir á tierra extraña
A dar la vida por comun provecho;
No hay que hacerse ilusión, es una hazaña
Que la creemos hoy porque se ha hecho.

Saltando á tierra con bizarro porte,
Y rebuscando con afán prolífico
A tantos bravos, que se van al Norte,
Halló un enjambre, les habló, y les dijo:

«Yo de mi patria el limpio honor mantengo:
Ya que de lejos nos llenais de apodos,
A jugarnos la vida, que aquí vengo
A responder por el honor de todos:

«Que uno tras otro se me ponga enfrente!»
Mas nadie el guante á recogerle vino;
No pudo hallar la espada de un valiente,
Solo encontró el puñal de un asesino!

No me atrevo á achacar tan vil exceso
A razas nuestras en manera alguna,
Si los hijos de España hicieran eso,
Las madres les ahogarán en la cuna.

No da vida aquel suelo á tales seres,
Ni así calumnien á la patria mia:
Soñado Eden de todas las mujeres,
Por tierra de lealtad y de hidalguía,

Que al entregar su lábio, los varones
Fecundan sus entrañas con semillas
De Pulgares, Gonzalez y Girones,
Fivalleres, Entenza y Tendillas!

Si la traicion, señores, es tan rara
En toda la extensión del suelo ibero,
Que para cruzar plomo cara á cara,
Hasta el ladrón del campo es caballero!

Esa barbárie que las vidas trunca
Acechando cobarde y escondida,
No fué semilla de la España nuna:
Del Africa servil es adquirida.

Y así cayó un leal! Tiñó la arena
Sin dar ni un punto de flaqueza indicio,
Y esa resolución firme y serena
Es la que constituye el sacrificio.

Sacrificio de sangre tan fecunda,
Que al salpicar la faz de tierra extraña
Sobre un vil acto de traicion inmunda
Ha levantado un nuevo altar á España

Que se verá desde el confín lejano:
Y así que lo distingan las Castillas,
Ante la pobre cruz del asturiano
Vereis á toda España de rodillas:

Y aunque las almas el dolor taladre,
Es de tal precio su cadáver frío,
Que al noble impulso del amor de madre
Gritará Asturias orgullosa: «Es mío!»
¡Honor al mártir que en el cielo mora!
Si hay quien la anchura de su aliento tenga
Y le quiere vengar, era en buen hora,
Pero medite bien como le venga.

Si en sombrío furor arde su seno,
Acérquese á su tumba paso á paso,
Y aprenderá que el que cayó cual bueno,
No acepta nada indigno en ningún caso:

Y si el horror del crimen no le arredra
Y represalias de traidor ensaya,
Ponga su mano en la bendita piedra,
Y Castañoñ responderá al que vaya:

«Ni aun en la huessa, me hallará propicio
«El que desflore de la España el manto:
«La religión, la patria, el sacrificio,
«Todo lo que hay junto á mi tumba es santo.

«Si es verdad tu patriótico ardimiento
«Y tu sangre es valiente y generosa,
Ve á batirte con dos, con diez, con ciento,
«Hasta que te abran á tus piés la fosa:
«Y cuando frenta á frenta al enemigo
«El hierro corte de tu vida el plazo,
«Vengan tus restos á dormir conmigo,
«Y desde el Cielo te daré un abrazo.»

FRANCISCO CAMPRODON.

Terminada la lectura de estos versos, que, fuera de los míos, son excelentes, y merecieron grandes aplausos, particularmente los de Camprodón, tan conceptuosos como todos los suyos, aunque mucho mas efecto hicieran que el que hicieron, y lo hicieron muy satisfactorio también los de Ariza y los de Estrella, si estos acreditados vates leyesen tan bien como escriben, y dispensen que se lo diga, se representó la pieza en un acto titulado: *Por un inglés*.

Yo, en cuanto vi que los actores hablaban en prosa, dije: vamos, aquí de seguro habrá verdadero chiste cómico, y no me engañé; porque, en efecto, desde la aparición del hombre que, huyendo de un inglés, se mete en una casa, cuya salida no encuentra, viene una serie de situaciones tan á propósito para el equívoco, que en ellas cada palabra, y á veces cada movimiento, es una gracia.

Vayan ustedes á esperar, después de esto, que yo varíe de opinión respecto al verso y á la prosa en el teatro, es decir, en el drama y en la comedia, porque en la tragedia, todavía me gusta el verso. No señores, lo que yo haré será seguir mi gusto respetando el de ustedes y asunto concluido.

EL MORO MUZA.

LA ENANA DE LA HISTORIA.

Conocido es el fabuloso personaje, cuya estentórea voz acusaba la existencia de un gigante y resultó ser un enano; pero, en fin,

por mas que Esopo y todos aquellos que por dignos sucesores suyos puedan pasar, hayan soltado verdades como puños, dando muestras de ser buenos observadores de los fenómenos naturales, lo cierto es que á nosotros, al ver la pintura de esos fenómenos, con cuja verosimilitud no estábamos conformes, siempre nos quedaba el derecho de decir: cosas de los fabulistas.

Y no éramos justos, porque, salvas sean honrosas excepciones, parece como que en el género humano está la voz en razon inversa de la estatura, segun lo prueba el hecho de que, por regla general, los tenores sean mejores mozos que los bajos. Así se comprende que las *primas donnas* se enamoren casi siempre de los primeros, rechazando á los segundos, y aun á los barítonos.

Ahora, ya es diferente. La historia se ha encargado de la justificacion de la fábula, suceso que ha tenido lugar en esa parte de la Isla de Cuba que se llama el Camagüey, tierra de donde han salido bastantes camagüeyanos.

Tanto se hablaba del número de combatientes, organizacion militar, bravura casi bravía y atrincheramientos de la insurreccion cubana en el distrito Central, álias camagüeyano, que es donde funciona la farsa de gobierno *mambí*, álias de la gente perdida, con sus ministros y diputados, álias, Rinconetes y Cortadillos, y donde se han refugiado las mujeres incitadoras..... á todo género de licencias, álias, *suripantas* ó *zurripampas*, que los mas confiados en el triunfo lógico de la buena causa, decíamos: sí, nuestros soldados limpiarán en pocos dias de latro-facciosos la parte Oriental y las Cinco Villas; pero no sucederá lo mismo en el Camagüey, porque allí está lo gordito.

¡Guáimaro! ¡Casorro! ¡Sibanicú! Nombres eran estos que llegaron á infundirnos algun respeto, á fuerza de verlos invocados en las naciones extranjeras, nada menos que con la bárbara pretension de dar á los que tales pueblos poseian, el reconocimiento de beligerantes, que es como si dijéramos, de guerreros decentes.

Figurábame yo que esos pueblos eran así como Charleston, Wilmington y Richemond, cuya posesion costó á los soldados de Lincoln iargos sitios y expediciones punto menos que mitológicas. ¡Ah! decia para mí, despues que tomemos, por ejemplo, á Guáimaro, habremos de emprender el asedio de Casorro, donde se refugiará el enemigo, y tomado Casorro, habrá que sudar tinta para entrar en Sibanicú, punto de los cucos, que parece estar diciendo: *ieu, cu, cu!* Y cuando hayamos ocupado á Sibanicú, Casorro y Guáimaro, todavia nos dará qué hacer el enemigo yéndose, á donde debe irse naturalmente, que es á la Tana; en todo lo cual ha de emplearse mucha gente y gastarse mucho tiempo, y verterse mucha sangre, y apurarse mucha paciencia.

Pues bien, lectores: pareció el enano de la historia, ó si quereis, la enana, siendo esa enana la insurreccion del Camagüey, insurreccion que ha hecho un ruido inmenso, ex-

traordinario, fabuloso, increible por la desproporcion que su bronca voz guarda con su cuerpo liliputiense. Mentira parece que una cosa tan ruin, tan raquítica, tan miserable, tan microscópica en lo material y en lo moral, haya podido atronar los oídos de medio mundo, remedando á esas personas que echan en pulmones lo que otras en corazon y en estatura; pero ya sabemos que todo lo que se refiere á la insurreccion cubana parece mentira y viene á serlo.

Sabemos mas, sabemos lo que es la faccion del Camagüey, una turba de mil ó mil quinientos facinerosos, que solo detrás de formidables trincheras esperan el tiempo necesario para hacer una descarga, y que ponen piés en polvorosa, internándose en los bosques, tan pronto como ven que nuestros soldados van á flanquear esas trincheras nunca defendidas por los mismos que tanto han trabajado para levantarlas. Total: la insurreccion central es la enana de la historia, que podemos casar con el enano de la fábula.

Mil trescientos hombres mandados por el valiente general Puello han recorrido esos puntos cuya conquista creia yo que exigiria el concurso de varias divisiones numerosas, y han acampado en las formidables trincheras enemigas, sin hallar mas resistencia que la de algunos centenares de *yankees*, metidos á *libertadores de Cuba*, resistencia floja tambien, pues, como digo, está reducida á soltar unos cuantos tiros desde puntos fortificados que permitan la escapatoria, y correr luego como almas que lleva el diablo.

Naturalmente: si á los mil trescientos hombres de Puello no les pudo hacer seria resistencia esa faccion del Camagüey que con voz atronadora tantas roncas echaba, ¿cómo se la habia de oponer á los cuatro mil dignos subordinados del bizarro brigadier Goyeneche? Así, este distinguido militar ha ido á Guáimaro, es decir, á lo que fué Guáimaro, á Casorro, esto es, á donde estuvo Casorro, á Sibanicú, quiero decir, á donde existió Sibanicú, á Najaza, en fin, á todas partes, sin encontrar quien le dispute el paso, allí donde esperábamos que para cada uno de los nuestros se presentarian cincuenta de los otros, única cosa que habria sido de temer, porque, como lo hemos visto en el lance de Cayo-Hueso, está fuera de duda que cuando un español se las haga con cincuenta *libertadores*, puede perder la vida, salvando siempre la honra, por supuesto.

¡Ah! dirán los mambises: verdad es que los cuatro mil hombres del Brigadier Goyeneche y los mil trescientos del general Puello nos han hecho correr en grande; pero eso consiste en que todos los de cada expedicion venian juntos, que si hubieran venido uno por uno... ¡ya verian si hacíamos con ellos lo que los cincuenta emigrados de Cayo-Hueso hicieron con el director de *La Voz de Cuba*!

Y esto es verdad, aunque lo digan los mambises ó los *laborantes*, seres condenados á mentira con retencion, ó lo que es lo mismo, á perpetua mentira. Si nuestros milita-

res buscan á los libertadores para batirse con ellos, ¿cómo han de lograr lo que desean, siendo así que los dichosos libertadores necesitan reunirse en grupos de cincuenta individuos, y preparar emboscadas para atacar á un solo defensor de la causa española? Digan ustedes que los tales libertadores hubieran ido cogiendo uno por uno á los soldados de Goyeneche, allí donde ellos tenian todas sus fuerzas yankee-camagüeyanas, y verian si hacian proezas.

Esto se explica bien diciendo que nuestros soldados son hombres, y los contrarios dejaron de serlo desde que, aborreciendo su sangre, manifestaron sobradamente haber degenerado. Por eso, cuando se enumeran las fuerzas de nuestros generales se dice, vgr; Valmaseda y Puello, mandan tantos ó cuantos *hombres*, y cuando se trata de los contrarios, no se dice: Aguilera y Cavada mandan tantos ó cuantos hombres, sino: Aguilera y Cavada mandan tantos ó cuantos *mambises*.

Resulta de esto que nuestros soldados se equivocan cuando piensan habérselas con los enemigos de hombre á hombre porque los enemigos no son hombres, sino *mambises*, y si bien suele decirse que de hombre á hombre no va nada; de hombre á *mambí* va muchísimo, como que está probado que los mambises necesitan ser cincuenta para atacar á un hombre con probabilidades de triunfo.

Esto supuesto, no hay que esperar que nuestros bravos militares hallen formal resistencia en ninguna parte, mientras vayan juntos, y no uno á uno, como los subordinados de Céspedes quisieran irlos atrapando, para hacer proezas parecidas á las de Cayo-Hueso; pero eso importa poco, pues todo es cuestión de tiempo. Con ir dejando destacamentos en los puntos ocupados, y seguir ocupando mas puntos, hasta que á los enemigos de la sociedad no les quede un palmo de terreno, los que están destinados á caer en la ratonera, caerán irremisiblemente, máxime cuando las cañoneras hacen la evasión imposible, y... malaventurados los plagiarios, ladrones, asesinos é incendiarios, vulgo libertadores, porque ellos pagarán con la vida en pocos minutos los horrorosos crímenes que han cometido en muchos meses.

Entre tanto, hagamos constar, para los efectos oportunos, es decir, para que los laborantes de fuera no se cansen pidiendo gobernerías *beligeránticas*, que la faccion del Camagüey, que tanto ruido ha estado haciendo, es la mas despreciable de toda la Isla; que la insurreccion central es la enana de la historia, enana llamada á justificar la creacion del enano de la fábula, personage fantástico semejante á alguno que otro real y efectivo, á quien por la voz hubiera cualquiera mirado como competidor de Giges. Eso es la faccion del Camagüey, que podría, por su cacareo y por la cobardía de los que la forman, llamarse la faccion gallinera. Mucho ruido y pocas nueces.

EL MORO MUZA.



QUESADA.—Mal camino ha elegido para irse Sr. Céspedes; hay por aquí mucho mosquito.

JORDAN.—My God! quien pudiera volverse parte telegráfico para llegar hasta Nueva York por dentro del agua !

AGUILERA.—Mejor fuera por dentro del vino !



El Gran Morales Lemos arrancando la última muela (50.000 \$) al Presidente de la Junta Cubana.



LA DESPEDIDA DE QUESADA.

CESPEDES.—Entregue V. esa espada que no es digno de llevar.

QUESADA.—Dijo la sartén al cazo, &c.

CESPEDES.—Ha abusado V. de nuestra confianza.

QUESADA.—Quien roba al ladrón..... Ya sabe V. lo demás y me voy á ver á los bravos de Nueva York.

AGUILERA.—Cuidado con tropezar en el camino, chinito.

EL PROCESO DE TROPPMANN.

(CONTINUACION.)

En todas las causas célebres, á cuya categoría pertenece la del horriblemente famoso Troppmann, hay un gran interés dramático, por mas que los sucesos que las motivan sean conocidos y sepamos tambien su desenlace. Por eso las relaciones que de ellas se hacen son siempre leidas con avidéz, y esta consideracion nos impele á continuar el extracto que de la causa de Troppmann vamos haciendo, si bien, para abreviar, prescindiremos en ese extracto de los pormenores de poca importancia, ó seremos al referirlos tan sóbrios de palabras cuanto nos lo aconseje el natural deseo de dar variada lectura á los favorecedores de nuestro semanario.

Estos han visto que en la sesion del 28 de Diciembre, Troppmann dijo que había mentido ántes, al declarar que él solo mató á Juan Kinck, y robádole además 5,500 francos. En este estado de la declaracion, el Presidente recordó al acusado la indicacion que antes hizo del lugar donde podria hallarse el cadáver de Juan Kinck. Troppmann reconoció esta verdad; pero se obstinó en asegurar que los asesinos habian sido sus cómplices, y supuso que la justicia no queria buscar á estos, siendo así que él era quien se negaba á nombrarlos. En efecto, preguntando el magistrado los nombres de los tales cómplices, de quienes el acusado refiere una historia ridícula, Troppmann no quiere decirlos.

—¿Por qué, insiste el Presidente, no nombráis á esos individuos?

—Probablemente, contesta el acusado, tendré mis razones para ello. Ya he dado mis indicaciones para que se les busque; pero se vé que no hay deseo de hallarlos, y tampoco yo diré sus nombres. Ese es mi secreto, y que la justicia cumpla con su deber.

EL PRESIDENTE.—No sois el primer criminal que haya pretendido atenuar la enormidad de un crimen compartiendo su responsabilidad con supuestos cómplices; pero se os hará ver fácilmente que vos solo habeis muerto á Juan Kinck.

EL ACUSADO.—Yo creo que debo saber cómo sucedió eso (*sensacion*). Yo me puse de acuerdo con mis cómplices para atraer á Kinck á la Alsacia, y les enseñé la carta que él me había escrito.

EL PRESIDENTE.—¿Podreis citar personas que hayan visto á esos llamados cómplices? —EL ACUSADO.—Las hay, sí señor, pero no debo nombrarlas. (*Murmurlos*.)

Continuando en este absurdo sistema, el acusado habla de una cartera, donde dice que están los nombres de sus cómplices; añade que él enterró la tal cartera en el bosque, á cincuenta metros del camino, y que la justicia debe buscar aquella cartera, de que no se le ocurrió hablar en el sumario, para que se sepan los nombres de los cómplices que él no quiere revelar. El objeto, como se vé, es ganar tiempo. El Presidente, despues de hacer estas observaciones dice.

—En fin, ¿rehusais nombrar á vuestros cómplices?

EL ACUSADO.—No puedo nombrarlos. Hallad la cartera, y si eso no basta, entonces diré los nombres.

EL PRESIDENTE.—Vos dais por hecho que el descubrimiento de la cartera nos hará conocer á vuestros cómplices. Y bien; puesto que deseais dar todas las indicaciones que pueden conducir á ese descubrimiento, ¿por qué no nombráis á los cómplices desde ahora? —EL ACUSADO.—Porque no puedo.

EL PRESIDENTE.—(*Dirigiéndose á los jueces.*) Debo manifestar, señores, que se han seguido todas las indicaciones del acusado con esmerada puntualidad, y que las excavaciones que se han hecho han sido completamente inútiles.

Este incidente se prolonga, insistiendo el magistrado en manifestar cuán extraño le parece que, quien tan interesado está en nombrar á los cómplices, no los nombre, y que los supuestos cómplices fuesen bastante desinteresados para no quedarse con ninguno de los efectos de valor que Juan Kinck poseia; despues de lo cual, recuerda al acusado el hecho de haberse visto componer un activo veneno, en lo que Troppmann conviene. Luego habla de la carta falsificada por el acusado, en la cual este pretendia pasar por Juan Kinck, y el acusado dice con odioso cinismo:

—Yo escribí esa carta en *Lille* y la dirigí á *Roubaix*; porque desde el momento en que murió Kinck, mi propio interés exigia que toda su familia desapareciese.

EL PRESIDENTE.—En efecto, era una necesidad, para vos, que la familia desapareciese, desde la madre hasta el mas tierno de sus hijos.

EL ACUSADO.—(*En voz alta, y con muy bien articulada pronunciacion.*) Eso mismo es lo que acabo de decir, y ademas, yo sabia que, al venir á París, la familia seria asesinada.

Háblase aquí del dinero con que Troppmann llegó á París, de la conversacion que tuvo con Gustavo Kinck, cuya muerte estaba resuelta, y de la carta que bajo la firma falsa de Juan Kinck escribió á la esposa de este, diciéndola que fuese á recoger el medio millon de francos con que él, Troppmann, les obsequiaba. El diálogo que sigue acabará de pintarnos al monstruo, tal como era.

EL PRESIDENTE.—Por ultimo, vinisteis á París, y os alojasteis en el *Hôtel del Ferrocarril*. Todo iba viento en popa, segun vuestros deseos. Gustavo estaba en Alsacia y iba á hacer efectivo el *cheque* de 5,500 francos que tanto anhelabais. Era preciso que aquel joven os trajese el dinero á París, y que su familia llegara á reunirse con él, para lo cual escalonásteis vuestras citas de tal modo, que Gustavo y la familia fuesen llegando á horas determinadas. A la pobre señora de Kinck la recomendasteis que llegase con todos los papeles de importancia, incluyendo los títulos de pertenencia de sus bienes. La escribisteis el 5 de Setiembre una carta, que suponíais obra de su marido, en la cual hablabais del amigo Troppmann, que le regalaba medio millon.

EL ACUSADO.—Es cierto.

EL PRESIDENTE.—Mientras llegaba Gus-

tavo, cuya muerte estaba resuelta, os fuisteis á un baile, donde os divertisteis mucho, en compañía de vuestro camarada Aron.—

EL ACUSADO.—Es cierto.

EL PRESIDENTE.—Gustavo se decidió á venir, y os mandó el telegrama siguiente: «*Llegaré mañana á las cinco y veinte minutos de la madrugada.*» Por una fatal coincidencia, el tren llegó á las nueve y media de la noche. ¿Fuisteis á esperarle? —EL ACUSADO.—Sí, señor.

EL PRESIDENTE.—¿Qué hicisteis luego? —EL ACUSADO.—Nos encaminamos *los tres*, no, *los cuatro*, al hotel. Le hice escribir á su madre y nos dirigimos á Pantin, donde los que habian asesinado al padre, asesinaron al hijo.

Esta contestacion dada con la mayor calma, hace temblar á todo el auditorio.

EL PRESIDENTE.—¿Quién mató á Gustavo? ¿Fué el mismo que había asesinado á su padre? —EL ACUSADO.—No, señor; ese se quedó en Malhouse; fué otro.

EL PRESIDENTE.—En seguida os apoderasteis de algunos objetos que Gustavo llevaba consigo, entre ellos, un reloj y un peine.—

EL ACUSADO.—¡Oh! ¡Un peine! Yo no había de haber estado tres semanas sin peine en París, porque no es natural que me peinase con los dedos.

EL PRESIDENTE.—Y bien, la declaracion que en el sumario hicisteis fué esta: «*Luego que llegué Gustavo, dijisteis, como no había cobrado el dinero, le hice escribir á su madre, para que activase su venida: despues, tomando el ómnibus de la *Villette* (serian las diez), le dije que íbamos en busca de su padre. Llegamos al campo; yo iba á su lado, llevando un cuchillo que le clavé por la espalda. Gustavo cayó de bruce, quedando sin movimiento: entonces le di dos puñaladas en el pecho y seis mas en la espalda, hiriéndole despues detrás de la oreja y dejándole el cuchillo clavado en la garganta.*»

EL ACUSADO, *impasible*.—Así lo declaré; pero es falso.

EL PRESIDENTE.—En fin, ¿decís que mentíais entonces? —EL ACUSADO.—Sí, señor, mentí.

EL PRESIDENTE.—Habeis comprado en casa de Laval una pala y en casa de Dufour un azadon que están á la vista. ¿Los reconocéis? —EL ACUSADO.—Sí, señor.

EL PRESIDENTE.—¿Confirmáis que vos hicisteis esas compras? —EL ACUSADO.—Yo remiti esos instrumentos á uno de mis cómplices, que los llevó á Pantin. Me los pidió sin decirme su objeto.

EL PRESIDENTE.—Decís que no hacíais mas que obedecer, y el 28 de Noviembre, en vuestra declaracion, agregásteis á vuestro crimen la mas odiosa de las calumnias. Dijisteis que era el padre quien había dado muerte al hijo, y que vos no hicisteis mas que secundar las miras de Juan Kinck. Entonces no hablabais de esos cómplices que despues habeis inventado. —EL ACUSADO.—Entonces mentía y hoy digo la verdad.

EL PRESIDENTE.—Es vuestra afirmacion, por lo tanto, que no habeis sido mas que un instrumento? —EL ACUSADO.—Sí, sí.

EL PRESIDENTE.—¿Quién hizo el hoyo?—
EL ACUSADO.—El mismo cómplice que mató á Gustavo.

EL PRESIDENTE.—¿Na habeis, pues, ayudado al crimen?—EL ACUSADO.—No.

EL PRESIDENTE.—¿Qué hacíais en todo ese tiempo?—EL ACUSADO.—Yo estaba allí cuando se asesinó á Gustavo, y no hice nada; pero luego que todo hubo concluido, volví á París, mientras mi cómplice sepultaba al muerto.

EL PRESIDENTE.—A vos se os encontró el reloj de Gustavo.—EL ACUSADO.—Sí, señor; me lo dió mi cómplice.

EL PRESIDENTE.—¡Cómplice singular! Ese hombre mata á Juan Kinck y le despoja en vuestro exclusivo provecho; asesina luego á Gustavo Kinck y os dá tambien cuanto poseía su segunda víctima. ¡A quién hareis creer esas cosas?—EL ACUSADO.—Si no queréis creerme, no diré nada.

(Continuará.)

JAVIER Y NESTOR VENDRÁN

QUE BUENO ME HARÁN

CANTO II.

Gracias á Aláh, nuestro amigo, el que lo es del escribiente de Goicuría, se ha podido proporcionar mas copia del poema con que, como dijimos el otro dia, pretende inmortalizarse el titulado Padre Eterno de la grey filibusteria.

Es el canto segundo del referido poema, canto digno sucesor del canto primero que dimos á conocer el otro dia; canto en fin, tan canto, que, ya que su autor se llama Domingo, de él mejor que de otro hubiera podido escribir Fray Gerundio aquello de:

«Yo tambien canto el canto dominguero
Del hermano Domingo, y cuando canto,
No á un *echa-cantos* canto, ni á un cualquiera
Cantor de cantinelas ó cantilinas,
Ni á algun *Mingo* (1) *cantor de cantimplora*.
Si algun alma de *cántaro* tal dice,
Un *cantazo* en los dientes le sacudo,
O en el canto del naso (*alias*, narices)
Cantárida le pongo corrosiva.
Con un *canto* en los pechos ya se diera
El mismo que inventara el *canto llano*.
Si ser pudiera lo que fué el *cantante*.....»

Pero no, ¡diablo! Esto último no le viene del todo bien á Goicuría, cuyo pasado nada tiene de envidiable. Al contrario, considerando la feísima nota política y moral de ese hombre, que hizo traicion á su patria, conspirando contra ella, y se quedó con el dinero que sus correligionarios le daban para armar expediciones, lejos de haber quien quiera *goicurizarse*, por mal que se vea, creo yo que el mismo que se halla *goicurizado* se *desgoicurizaría* de buena gana, si eso fuese posible. ¡Debe estar tan avergonzado de lo que ha sido, sobre todo despues de ver los *Goicuritas* que ha sacado en Javier Cisneros y Nestor Ponce!!!

En fin, lo cierto y satisfactorio, pectoral para el pecho, estomacal para el estómago y saludable para la salud, es que nos hemos podido proporcionar el canto segundo del ya famoso poema, en que Goicuría revela las hazañas de Nestor y Javierito, cosa que nuestros lectores verán con gusto, á pesar de lo que el autor *sinsontea* en sus versos.

Porque, eso sí, Goicuría nos da en su canto segundo octavas correctas, al lado de otras en que hay *berzas* de las de marras, como lo hizo en el canto primero. He aquí, en prueba de ello una de dichas octavas, que no es maleja.

(1) *Mingo*, abreviado de *domingo*.

¿No era Nestor un misero petate?
El infeliz Javier, ¿no era un ciruelo?
¿Pues cómo aquél blasón de magnate?
¿Pues cómo estotro se remonta al cielo?
Yo que les he calado, digo: ¡tate!
Misterios hay, *intríngulis* recelo;
Y niéguenme de picaro la fama,
Si ellos no explotan la sandez de Aldama.

Como se vé, Goicuría no parece haber hablado siquiera con *sinsontes*, á juzgársele por la octava que acabamos de copiar; pero, ¡vive Dios! bien se desquitó en la que sigue, donde no quiso dejar feos á sus *preceptores*:

¿Será posible que el bueno de D. Miguel
No acabe nunca de caer del burro,
Y esté dando doblones á granel
A Nestor Ponce, que es un *sinvelgüensa* cazarro,
Y al nunca bien ponderado cuquito Javier,
Con cuyas tontas infuslas me aburro,
Y á todo el que por adularte mentiras engarza,
Como Morales Lémus y comparsa?

Aquí se ve que Goicuría se cansó pronto de andar por las elevadas regiones del Parnaso, y bajó corriendo á las de la *sinsontil* enramada. El verso primero, el cuarto, el quinto y el séptimo son mas largos que la esperanza de Aldama, y cuidado que esa esperanza debe perderse de vista, puesto que Aldama sigue aprontando miles de duros para sostener la insurrección cubana, por cuya vida nadie que tenga sentido común daría un centavo. Bien que..... ¡Está probado que Aldama tenga sentido común?

Luego hay piés agudos mezclados con los graves, licencia de mal gusto; despues hay un *Javier* que se hace consonar con *granel* y *Miguel*, y por último, se rima la *s* con la *z*, en las voces *engarza* y *comparsa*, que es lo que siempre ha reprendido el MORO MUZA en los *sinsontes*, y lo que estos han sostenido como bueno en sus periódicos políticos y literarios. Dígallo, si no, el famoso *Concurrencias*, gacetillero de *El País*, que tanto desbarró tratando de ese asunto..... y de todos los demás; porque el pobrecito, en cuanto alzaba la voz, enseñaba la punta de la oreja.

Pero héte aquí que vuelve á subir al Parnaso Goicuría, impelido sin duda por aquella pasión que hizo decir á Juvenal: *Si natura negat facit indignatio versum*, pensamiento que Jorge Pilillas tradujo así:

«Que si naturaleza me lo niega,
La misma indignacion mo hará hacer versos.»

En efecto, Goicuría, muy cargado de ver las preferencias que se tienen con sus discípulos, se indigna, como es natural, contra el privilegio, y en un rapto de chispa producido por su indignacion, exclama:

Si alguien á Ponce y á Javier censura,
Expónese á llevar fuertes sopapos,
Y en tanto á mí, con la mayor freseura,
Me están sacando á relucir los trapos.
¿Porqué de mis manejos se murmurá,
Y no de los manejos de esos guapos?
Lo que se mira en mí como delito,
¿Es gracia en Javierito y Nestorcito? (2)
Pues bien, ya estoy cansado de las tramas
E injusticias que causan mis enojos.
¡Me ensucio de una vez en los Aldamas,
Mestre y Piñeiro, antagonistas flojos;
Y en Bramosio, que es pez de mil escamas,
Y en Rodriguez y en Fesser, los dos cojos;
Y en toda la fanática familia,
Y si me apuran mas..... ¡en Doña Emilia!

El hombre está cargado de razon; eso se ve hasta en los versos de estas dos octavas, que no le habrían salido tan inspirados y correctos si no fuese por la natural indignacion con que los ha escrito. Pero esa indignacion ¿durará mucho? A verlo vamos, pues Goicuría sigue diciendo:

(2) Este pensamiento ha sido ya expresado con admirable valentía por el insigne Qüevedo, en aquel magnífico soneto que principia:

Si de un mismo pecado es precio en Lido
La horca, y en Menandro la diadema,
¿Quién pretende, joh Júpiter! que tema
El rayo á las venganzas prometido?

Nota del M. M.

¿Quizá juega Javier, y siempre gana?
¿Hay en Nestor las mismas condiciones?
Lo cierto es que se dice que en la Habana
Pasaron hasta aquí por dos pelones.
Mas los dos, de la noche á la mañana,
Se pusieron á armar expediciones,
Y hoy el que de ellos tiene mas apuros.....
No se dejaria dar garrote por ciento cincuenta milduros.

¡Adios! Ya me admiraba yo de que la indignacion juvenalesca se fuese sosteniendo tanto tiempo en un amigo de los mas célebres *sinsontes*. ¡Cuidado, que el poema de Goicuría iba divinamente! Pero cuando menos lo esperábamos..... ¡agua va! dijo el tal Goicuría, y nos *largó* un chorro tan continuado en el último verso de la octava última, que nos dejó mas frios que la nieve. ¡Qué rociada, señores! ¡Qué rociada! Con otra como ella nos ahogamos en seco, como dicen que se está ahogando Aguilera, desde que allá en la Manigua dieron en escasear ciertos líquidos espirituosos.

Pero veamos como termina su segundo canto el poeta Goicuría, que es lo que nos importa. Hé aquí una *sinsontada* que nada tiene que echar en cara á las otras:

Pues bien, cuando yo observo que la danza
Sigue, de los que *hormigo* sin segundo
Me juzgan, porque al fin, llené la panza,
Y me profesan odio furibundo,
Y me desprecian mas que al mismo Lanza,
Que es la afrenta de Cuba y aun del mundo,
Con razon digo á guisa de refran:

«Javier y Nestor vendrán, que bueno me harán.»

Como los comentarios son inútiles aquí, acabaremos esta crítica poniendo en conocimiento de nuestros lectores que, quizás para el número próximo, podremos dar á luz el canto tercero del poema de Goicuría, con las notas y observaciones que son consiguientes de

EL MORO MUZA.

El excelente poeta lírico Saturnino Martínez, que el otro dia nos favoreció con un soneto, ha pulsado de nuevo y mas despacio su preciosa lira, con motivo de la muerte de CASTAÑON. Lo esperábamos del inspirado hijo de Asturias, y creemos que nuestros lectores verán con gusto la siguiente elegía, tan recomendable por sus elevados pensamientos, como por esa majestuosa entonación que brilla en sus versos y que es uno de los secretos reservados á los verdaderos poetas.

ELEGIA.

¡Cómo penetra el corazon la queja
De la orfandad que llora,
Y envuelta en el pesar oye á la reja
De la oracion la prolongada hora!

Allí la hallaba ayer el padre amante

Que con la fé mas pura,

Iba á entreabrir el seno palpitante

A la expansion de su infantil ternura.

Hoy—¡Oh cambio cruel!—Cual dos armiños

Que el árbol pierden que les daba sombra,

En el mismo lugar están dos niños

Tendidos en la alfombra.

Y no vendrá, como venir solía,

A disipar su anhelo,

La dulce sombra que feliz vertía

Miel en el cáliz de su amor del cielo.

Que ayer, en álas de valiente idea,

Cruzando el mar, ligero,

Caballero español, fué á la pelea

Que acepta el caballero.

Y en vez del hombre en cuyas venas arde

Algo de un alma buena,

Salióle al paso la traicion cobarde,

Y con su sangre enrojeció la arena.

¡Así las perlas de su amor perdieron

El alga que fué sola

Arbol á cuya sombra no temieron

Del mardel mundo la mugiente ola!

Mas ¿quién allí, con poderoso brio,

Tiende el brazo clemente,

Y «AL NOMBRE DE SU PADRE, SUPLA EL MIO»

Dice, encendida en majestad la frente?

¡Quién de la patria el purpurino manto

Desplega, y, con asombro,

Dice al pueblo español, que gime en tanto:

«HIJOS TAMBIEN DE LA NACION LES NOMBREO»

¡Vedle! es el héroe que de triunfos lleno

Sabe, y la ley no tuerce,
Que vale mas ser grande, por ser bueno,
Que por la altura del poder que ejerce.

¡Así la humanidad en campo de oro
Escupirá mañana
Esa acción inmortal que enjuga el lloro
Y abre al dolor un porvenir de grana!

¡Ah! ¡si el patriota, erguiendo la cabeza,
Viera cuanto á la patria merecía,
Absorto, al contemplar tanta grandeza,
De nuevo moriría!

¡Sil! que le vi enterrar: pueblo compacto
Iba llorando al hombre,
Mostrando oculto, inaccesible al tacto,
Todo un volcán sin cráter y sin nombre.

Y yo temblé, porque estallar podía
Aquel horno interior, y entonces..... ¡Cielo!
¡A dónde el hombre desbordado iría
En su impetuoso anhelo?

Roto el dique al indómito torrente,
Dónde fuera á romper la onda espumante,
Que no arrastrara en su veloz corriente
Al tardo caminante?

¡Funesta situación!.....Terrible calma
A férretro seguía,
¡Y es que la sorda tempestad del alma
Dentro del corazón se revolvió!

¡Y no estalló! que el noble pueblo mio
Terrible en la pelea,
No sabe alimentar, traidor é impio,
De las venganzas la sangrienta idea.

Y la tarde mostró tenué sonrisa
En las nubes del cielo,
Porque al espacio no llevó la brisa
Sangre alguna en su vuelo.

Y la noche anunció, nublando en sombras
El terro brilló que los aires baña,
Que Dios iba á tender negras alfombras
Sobre el mártir de España.

¡Tendiolas! y, á la luz del firmamento,
La paz reinó en la tierra,
Cuando afilaba el huracán violento
Su negro rayo de exterminio y guerra.

¡Ah! ¡Cómo el cielo, á mi plegaria, quiso,
Con su poder eterno,
Trasformar en la paz del paraíso
Las tempestades que engendró el averno!

¡Yo amo á Dios!... ¡Creo en él!...bardo cristiano,
La inspiración le debó,
Y cuando ruego por el bien hispano
Bálsamo rico en sus altares bebo!

Con honda angustia la orfandad en tanto
Replegó en su lecho,
Estrechando, tal vez, bañada en llanto,
La efigie paternal contra su pecho!

El pueblo, recogido en su amargura,
Vibró de un gran dolor el arpa ignota,
Y á sus acordes penetró en la altura
El alma del patriota.

SATURNINO MARTINEZ.

POR VARIAR.

Tenemos á la vista un periódico impreso en papel verde, que se publica en Veracruz y se llama *El Sol de Cuba*. Con decir que ese sol es verde, dicho está cual será su propósito de faltar á la verdad en todo lo que escribe.

Pero á fé, su tiempo pierde,
Pues dirá todo hombre franco,
Que lo verde vuelve blanco,
Quien torna lo blanco verde.

Empieza *El Sol Verde* haciendo grandes elogios del autor del *difunto amor*, D. Tomás Mendoza, (1) que murió titulándose comandante del E. M. de Quesada, y para que los redactores de *El Verde Sol*, astro de las viejas verdes, sepa quien era D. Tomás Mendoza, vamos á decírselo:

Era un venezolano, hijo y hermano de otros dos sujetos, tan venezolanos como él. Los tres venezolanos abusaron de la hospitalidad española, tomando siempre parte en las publicaciones mas groseramente hostiles á los españoles, para lo cual se asociaban con los Valerios, Posadas, Calcaños y otras gentes por el estilo. El gobierno español, siempre bondadoso, en lugar de expulsar á esos extranjeros perniciosos, que es lo que se hace en otras naciones, dió empleos á los tres venezolanos; pero el padre siguió manifes-

(1) Aquel cuya oreja musical era tan atrón para los ver-
zos, que trastornaba los acentos de modo que había que de-
cir *difunto* por difunto, para que resultase armonía.

tando siempre su odio á los que le daban de comer, y los hijos abandonaron los empleos para irse á la manigua. Moraleja para los buenos mejicanos que lean *El Sol Verde*:

Si existen, que no lo dudo,
En esta caliente zona,
Mendozas dignos de aplauso,
Esos son....., otros Mendozas.

De otro género son los piropos que *El Sol Verde* dirige al difunto general Dulce, á quien llama Judas, reptil y otras lindezas, todo porque dice que dicho general les dió un plazo de cuarenta días para que entregasen las armas, con el objeto de engañarlos.

Esto no se comenta. Cuando así se escribe la historia, lo mejor es terminar esa historia con aquel remate de los cuentos de cocina que dice:

Y colorín, colorado,
Mi cuento está acabado.

Vamos á la sección de noticias, que acabará de dar una idea del horror á la verdad que han tomado los laborantes cubanos, dolencia que pronto ha de constituir la mayor diversión del mundo entero. Tanto es así, que hay casas ya en Nueva York donde en los días de reunión se cita á los laborantes cubanos para hacerles hablar de Cuba y reírse con sus mentiras. Lo mismo se hará con el tiempo en Veracruz, en Nueva Orleans y en todas partes. Cuando se quiera amenizar una tertulia con pasajes grotescos, invitarán á uno ó mas laborantes cubanos y se tocará la cuestión de Cuba. El laborante ó los laborantes dirán lo que suelen; la gente enterada de la verdad, por lo que de aquí escriben á todo el mundo personas tan imparciales como lo son naturalmente los cónsules y comerciantes extranjeros, verán hasta donde llega el espíritu de la mentira en los laborantes, y estos serán el hazme reír de las tertulias. Esto sentado, vamos á las noticias de *El Sol Verde*, que son frescas y gordas.

Dice *El Sol Verde* que se ha jurado en las Cortes Constituyentes haber mandado á Cuba 70,000 hombres.

Todos los periódicos del mundo han copiado las palabras del general Prim, según las cuales, son treinta y tantos mil hombres los que desde lo de Yara han venido á Cuba; es decir, la mitad de lo que dice *El Sol Verde*.

¿Qué harán, pues, en Veracruz
Con gente tan embustera?
Claro, en viendo un avestruz
Que así pugna contra el Vera,
Tendrán que hacerle la Cruz.

Dice *El Sol Verde* que Céspedes y Figueiredo han dado libertad á 570 esclavos de su propiedad.

Y bien, Céspedes es el que, yéndose á la Manigua, se ha libertado de la persecución de 570 ingleses que le tenían acosado. Si los redactores de *El Sol Verde* cobran el dinero de Aldama por contar las cosas al revés de la verdad, bien ganan lo que cobran, y si no es así, vuelvan lo que hayan cobrado, que buena falta le va haciendo lo que aflojó hasta hoy

A ese á quien dan tanto mico,
Que por tonto y por infiel,
No es ya D. Miguel el rico,
Sino el pobre D. Miguel.

Dice *El Sol Verde* que se confirma la batalla de Las Tunas y el completo triunfo de los liberales contra el enemigo. Como los llamados liberales son los insurrectos, que tuvieron que retirarse de Las Tunas corriendo como de costumbre, dejando la ciudad en poder de nuestros soldados que la conservan, no se quejarán los vecinos de Veracruz de

las disposiciones que para solazar sus tertulias van mostrando los laborantes de allende. Entre tanto, bien podía el periódico que á tales gracias se ha dado adoptar, en parodia, un famoso lema de otro colega célebre, de este modo:

«Pues para mentir estoy,
Si daros es mi deber
Hoy mas mentiras que ayer.....
Mañana daré mas que hoy»

Dice *El Sol Verde* que Quesada derrotó al General Puello, á causa de unas minas que tenía preparadas, y á cuya explosión voló parte de la columna que nuestro general mandaba.

Hombre, aquí no se sabe de mina alguna que haya inferido daño alguno á nuestros soldados. Solo se sabe de una mina de oro acuñado que tenía Quesada, y cuyas arenas auríferas, en forma de monedas, habían salido del bolsillo, no solo de algunos españoles indefensos, sino de los mismos mambises á quienes Quesada iba saqueando.

Es, pues, la mina indicada,
La pecunia que ha robado,
El ladrón desorejado
Que se apellida Quesada.

Mina que ha sido encontrada,
Y tal cisco ha levantado,
Que hasta se irritó el malvado
Céspedes, contra Quesada.

Por esa barrabasada,
Que *El Sol Verde* ha trastocado,
Céspedes, incomodado,
Quitole el mando á Quesada.
Conque así cosa es probada
Que la mina ha reventado;
Pero á quien ha fastidiado
Es al minero Quesada.

Dice *El Sol Verde* que *El Cronista* de Nueva York y *La Voz de Cuba*, han manifestado que no fué nada feliz la idea de mandar construir las cañoneras.

No podemos conservar en la memoria todo lo que los citados colegas han escrito; pero nos parece que esos colegas no habrán dicho nunca lo que dice *El Sol Verde*, y lo creemos así, no solo porque hacemos justicia al criterio de nuestros amigos, sino por ser los laborantes los que lo dicen:

Pues euanto al orbe traspira
Como rumor importante,
Basta ya, si bien se mira,
Que lo diga un laborante,
Para que salga mentira.

Dice *El Sol Verde* que en Matanzas hay grande alarma, ¡que la población de Remedios está sitiada por jocho mil insurrectos! ¡Que Goyeneche ha sido derrotado en Sancti-Spíritus! ¡Que Adolfo Cavada se presentó en Cienfuegos, donde obligó á nuestras tropas á guarecerse tras de los últimos atrincheramientos, detrás de la Plaza de Armas, mientras los cubanos se apoderaban de la ciudad, desde la una de la tarde hasta la puesta del Sol, en cuyo tiempo los tales cubanos cogieron 9 cañones de á 24 y 2000 fusiles.....!!!!

¡Ah! Está visto. Aldama, Fesser y otros españoles de la tribu trapalera, emplean bien su dinero, si lo que desean es que en los periódicos por ellos subvencionados se luzca la inventiva de los de su escuela. ¿Por qué no han de empobrecerse para tener la satisfacción de ver impresas cosas tan raras como las que escriben todos los periodistas anti-españoles? Por qué esos periodistas no han de ser protegidos, cuando tanto hacen por divertir al mundo?

Es justo, vive Dios, que les halaguén
Con oro y plata por mentir tanrecio;
Si señor, pues por mucho que les paguen,
Ellos (para mentir) no tienen precio.